

Naturales de una ciudad multiétnica. Vidas y dinámicas sociales de los indígenas de Quito en el siglo XVII

Felipe Castro Gutiérrez
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México, México
fcastro@unam.mx

Carlos D. Ciriza-Mendívil, *Naturales de una ciudad multiétnica. Vidas y dinámicas sociales de los indígenas de Quito en el siglo XVII*, Madrid, Sílex, 2019, 356 pp.

La historiografía indiana ya no es la de antes. Parecía que ya teníamos bien resueltos muchos temas, estábamos sobre terreno firme y confiable y aparentemente sólo restaba agregar poco a poco datos y estudios para cubrir tal o cual periodo o espacio menos conocido. Sin embargo, en los años recientes una creciente ola de publicaciones nos ha llevado a poner en cuestión lo que se daba como obvio y evidente.

Es el caso de la historia urbana, que había girado en torno a las oposiciones enlazadas y complementarias de campo/ciudad e indio/español. La población indígena se consideraba casi inexistente en muchas urbes, o, en el mejor de los casos, de presencia anecdótica y marginal. Ya no es así; varias contribuciones individuales y colectivos han conjuntado la etnohistoria con la historia de las ciudades, y han mostrado que estas poblaciones nativas no sólo eran numerosas (y, en ocasiones, mayoritarias) sino que tenían su propio devenir, jerarquías, instituciones, sociabilidades, conyugalidades, hábitos e ideas.

Para el caso de Quito había estudios interesantes, algunos de los cuales abordaban asuntos específicos o bien se ocupaban de los inicios o fines del periodo colonial. Nos hacía falta un trabajo como el aquí reseñado, de amplia perspectiva,



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

para ese largo siglo XVII que va un poco más allá de lo cronológicamente convencional. Es cuando se consolidan tendencias y procesos insinuados en la centuria previa, y que anticipan mucho de lo que vendría después.

Esta obra está sólidamente documentada en “visitas” o inspecciones de oficiales del rey, documentos varios (testamentos, poderes, fianzas, cartas cuentas, escrituras de compraventa) del Archivo Nacional de Ecuador y otros repositorios seculares y eclesiásticos. De todo esto resulta una muestra de 2555 individuos, de los cuales unos 1000 eran indios. Es un buen punto de partida, sobre todo si, como hace el autor, se tienen en cuenta y comentan los inevitables sesgos de los testimonios, que frecuentemente pasaban por las manos de escribanos y notarios. La versión escrita de una cultura principalmente oral siempre presenta problemas y desafíos.

Ciriza-Mendivil ha consultado también exhaustivamente la bibliografía pertinente, con particular atención a lo publicado sobre casos equivalentes en otras latitudes del Imperio. Esto le sirve no solamente para presentar un buen estado de la cuestión, sino asimismo para establecer diferencias y similitudes. Vale la pena remarcarlo porque por razones que tienen que ver con la construcción de identidades nacionales los historiadores a veces hemos estado demasiado ceñidos a los límites de los Estados modernos, aun con el riesgo del anacronismo. Evidentemente, un enfoque local permite ver las peculiaridades que vienen de la herencia prehispánica, las formas de la conquista y la colonización, así como los recursos ambientales y el entorno geográfico; pero el contexto imperial establecía instituciones y leyes comunes que deben asimismo considerarse. No es fácil conjugar ambas escalas de análisis, y el autor lo resuelve aquí muy satisfactoriamente.

La metodología es la de redes sociales (entendidas genéricamente, como relaciones interpersonales), así como una aproximación cercana a la microhistórica, a partir de numerosos casos individuales. Así se conjuga una mirada “macro” con la “micro”, que en principio permite el “retorno al sujeto” que ha sido característico de la historiografía contemporánea y por esta vía, comprender mejor la flexibilidad y heterogeneidad de los comportamientos humanos.

La obra se divide en cinco capítulos, que se ocupan consecutivamente del origen de la población indígena de Quito, la migración y sus motivos, la integración

en barrios, parcialidades y parroquias; las dinámicas sociales, la discusión del aspecto étnico, el empleo por los indios de su “calidad”; el trabajo y las diversas formas de ganarse la vida; el impacto de la migración y el asentamiento de las relaciones familiares tanto en la urbe en sí como, indirectamente, en sus lugares de origen. Los capítulos finales se ocupan del relevante papel de las mujeres y las características de los caciques, tanto los que se trasladaron a la ciudad como los que aparecieron con el tiempo en ella.

En términos generales, el argumento del libro rescata la presencia e importancia social y cultural de los migrantes indígenas que se convirtieron en habitantes de la urbe por razones que Ciriza-Mendivil establece que no fueron sencillas ni pueden reducirse a aspectos puramente económicos o materiales (como escapar del tributo o la mita). Así, Quito en el siglo XVII no era una ciudad “blanca” o “hispana”, sino multiétnica, donde vivían numerosos indios “vagamundos” o “forasteros”. Es una aportación para tener en cuenta y un argumento bien demostrado, que da razón del título de la obra.

El autor va más allá: propone que en esta ciudad el lugar común de la separación entre la “república” de indios y de españoles es una simplificación esquemática, tanto porque había muchas categorías sociales intermedias como porque las “calidades” de las personas eran parte de una negociación social, individual y colectiva; habla incluso de una “adscripción voluntaria” que partía de las presentaciones y las percepciones personales. Así, las fronteras étnicas habrían sido porosas, cambiantes y habrían permitido estrategias de ocultamiento o encubrimiento, que no iban necesariamente por el “blanqueamiento” del indígena sino por conveniencias circunstanciales, que podían variar a lo largo de la vida de las personas.

Esto nos lleva a otro de sus grandes argumentos: el de que estos indios no eran objetos pasivos u homogéneos, ni siempre idénticos a sí mismos. No solamente habitaban la urbe, sino que se apropiaban de sus diferentes espacios físicos y simbólicos. Por esta razón se dedican muchas y buenas páginas a los procesos de movilidad, intermediación, desplazamientos, cambios y adaptabilidades. El enfoque es más diacrónico que sincrónico, y rescata la historicidad de su sujeto de estudio.

En particular, le interesa al autor la manera en que los indios adoptaban y adaptaban las leyes e instituciones a sus propios fines, manejando las distancias entre la norma y las prácticas cotidianas. Por este camino se aproxima a los individuos en concreto, “de carne y hueso”, acercándose a la manera en que conformaban y se integraban a las familias, cofradías y jerarquías gubernativas propias, como los cargos de alcaldes y caciques (los cabildos de indios son de existencia incierta en este caso).

Lo que une a todas las secciones de *Naturales de una ciudad multiétnica* es el interés por mostrar que estas diferentes instancias y situaciones fueron espacios de mestizaje biológico y cultural, de vinculación y cohabitación; es la propuesta a la cual se vuelve reiteradamente al final de cada capítulo. Son textos que tienen un interés en sí, considerados individualmente; y que en ocasiones derivan en consideraciones particulares que no necesariamente responden al argumento global. Esto es particularmente notorio en el capítulo dedicado a “Las mujeres indias dentro y fuera del hogar”. Es un muy buen estudio sobre féminas que eran comerciantes en pequeño, pero también dueñas de tierras y rebaños, comerciantes y prestamistas; pero se acomoda de manera más bien lateral en el propósito general, porque los temas predominantes son otros.

La imagen de conjunto de la urbe quiteña que deja este libro es más móvil y compleja de la que podría haberse esperado. Resulta ser una sociedad donde la etnicidad seguía siendo un referente identitario, pero no era una limitante para la movilidad. De aquí también viene la alusión reiterada a la “gente del común”, definida más por su posición social y económica que por su “calidad”. Cabe por otro lado observar que la mayor parte de los ejemplos remiten a la fluctuación entre indios y mestizos; la aceptación de unos y otros como “españoles” podría haber sido más problemática. La lógica de la investigación lleva a privilegiar los mecanismos de movilidad; se presta menos atención a sus obstáculos y límites.

Para el lector, este conjunto de atractivas propuestas remite de inmediato a los grandes ejes de la discusión actual sobre las sociedades hispanoamericanas, que giran entre estructura y agencia, etnicidad y clase, colectividad e individuo, así como a la inevitable tensión entre análisis cuantitativos y ejemplos cualitativos. En este sentido, esta es una obra de interés particular pero también de amplias implicaciones.

Felipe Castro Gutiérrez

Habría que agregar que Ciriza-Mendivil propone que estos temas pueden considerarse como parte de un fenómeno más extenso, que afectaba la configuración social de la monarquía hispana. Evidentemente, es una hipótesis cuya demostración excedería los términos de una obra específica, pero también una iniciativa que bien valdría se retomara para otros espacios hispanoamericanos.